

GALERIA

LES CAMPANES VAN DIENT...

por ESTEBAN CARDA RIUS

Las campanas de Villarreal, hace algo más de medio siglo, constituían un lenguaje comunicante de vida ciudadana, hogareña, gozos y pesares, costumbres, palpitar humano, noticiero del quehacer diario, para quedarse, actualmente, en una entelequia, reminiscencia del ayer, ya caduco, que va perdiendo su valor. No sirven, no poseen su poder de convocatoria. Pronto dejarán de ser hasta un recuerdo.

Cincuenta o sesenta años, no llegan a suspiro en el caminar de los tiempos. Las palabras se las lleva el viento. Más, cuando son los sonidos del bronce de una comunidad que se está transformando vertiginosamente en sus costumbres que perduraron siglos, lo que se pierde; entonces se tornan intrascendentes minucias, nimiedades, las reglas y leyes no escritas que se llevaban marcadas en lo profundo del ser. Es lo que pasa a las campanas de Villarreal. Los toques a misa mayor, solemne o sin pretensiones, los vuelos generales, las primeras misas de los misacantanos, las llamadas a los campaneros, alba, queda, avemaría, ánimas, foc, augment, malaganosa, alçar a Déu, entierros, combregars..., significaban algo más que unos simples ruidos metálicos o sonidos articulados musicalmente para el bronce.

Las campanas del campanario, mantienen su nombre propio, de santos y vírgenes. Son siete, como las siete notas de la escala musical para siete días de la semana. Fueron bendecidas, consagradas al culto y a la buena relación social del vecindario y de la feligresía. Se les dio vida oficial. Nacieron, se desarrollaron, y actualmente empiezan a perecer.

Dice mosén Benito Traver en su "Historia de Villarreal", (1909), que las siete campanas "eran de buena tonalidad; y dan entre sí las siete notas de la escala musical, y su sonido es tan agradable al oído, que recrea el escuchar sus toques tan variados y melodioso y acertada combinación de intervalos. De estas siete campanas, tres se hicieron de otras tantas piezas de artillería que guardaban los muros de la población, y con el bronce necesario para añadirlo a la fabricación de estas tres campanas. La primera pesó 35 quilates, la segunda 24, y la tercera, 12. La campana mayor, llamada San Jaime y San Bartolomé, se rompió sin tocarla y sin violencia

alguna, siendo fundida poco tiempo después. En 1832, se fundieron las campanas: la Bárbara y la Gracia, por haberse también roto".

Señala mosén Manuel Juan en su obra "Villarreal siglo XX, 1925-1950": "Con la pérdida de las campanas, desaparecerían tal vez para siempre los diferentes toques tradicionales, apropiados, expresivos y alguno de ellos, -como el del día de ánimas y el de entierro general de párvulos-, musicalmente perfectos, merced al maravilloso juego de campanas que daban afinadamente las siete notas de la escala diatónica.

Hasta el más monótono y sencillo, el que servía de alarma en caso de incendio, resultaba verdaderamente interesante. Consistía en una serie de golpes acelerados, como cuando se toca a arrebato, siguiendo de otros más espaciados que indicaban en cual de los cuatro cuarteles en que se dividía la vila, se había producido el incendio: en el primero, si daba un sólo golpe; en el segundo, si daba dos y así hasta cuatro. De este modo el vecindario se orientaba y acudía sin pérdida de tiempo, al lugar del siniestro para extinguir el fuego. Después se intentó recuperar aquellos variados toques, verdaderas filigranas, como pequeñas piezas de carillón; pero no fue posible porque las siete



campanas de la nueva colección, que sustituyó a la antigua, no guardaba entre sí perfecta afinación musical, como la anterior, y no podían ir acordadas. Durante la guerra también se recurrió a las campanas para dar la voz de alerta: cuando venía la aviación, sonaba la "grossa" y todos corrían a esconderse; cuando se alejaba, tocaba la más pequeña y la gente, pasado el peligro, salía de los refugios. Eso, al principio; después, rotas las campanas, fueron sustituidas por una potente sirena. Los nombres de las campanas, de menor a mayor, eran: Angel Custodio, María Gracia, Abdón y Senén, María Vicente, San Pascual, Santa Bárbara, San Jaime y San Bartolomé. El pueblo, por su parte, también les puso nombres arbitrarios: tiple menut, tiple gros, la dels combregars, porque tocaba en los viáticos a los enfermos, que siempre se hacía en público, procesionalmente. La malaganosa, porque tenía un peso muy equilibrado y volteaba despacio y con regularidad. La del "sinadéu", -contracción del alçen a Déu-, porque todos los días daba la señal cuando en la misa de la media mañana levantaban a Dios y la gente se descubría y guardaba silencio riguroso, incluso en el mercado. La sangrantana, porque llevaba esculpidas en relieve dos lagartijas, como adorno. La grossa porque, al ser mayor y más grande, era la más voluminosa".

El tiple menut, tono agudo, estridente, chirriante, anunciaba el cierre de los colegios electorales a la hora exacta para todas las mesas de votaciones, repicando rápido y con alegría porque se iba a escrutarse el resultado de la lucha por el poder.

También el tiple menut, Angel Custodio de nombre, sonaba para señalar augment, cuando las aguas del Mijares rebasaban la señal estipulada en el azud de Burriana, el último en el cauce del río, y se podía regar con libertad, compuertas abiertas, los campos que podían. Acabado el toque del tiple menut, sonaba el tiple gros, la Mari-Grasia. Luego, al final, la Bordona, San Pascual. El augment, era entonces reconocido y entraba en vigor.

La campana dels combregars, convoca la reunión, a la puerta de la capilla de la Comunió, en la Arciprestal, de familiares, amigos y vecinos del enfermo a viaticar. Siempre anochecido, entre los toques

del avemaría y la queda, los monagos preparan sus campanas, el sacristán el agua bendita y los santos óleos, la umbe-la, sombrilla blanca que entrega a uno de los asistentes para cubrir constantemente la Sagrada Forma, en sustitución del palio. El sacerdote, de alba y cingulo, tapa el copón que aprieta sobre su pecho, con el cubrehombros, recitando latines. Forman los hombres dos hileras, sin cruz inicial, encabezadas por los monaguillos que tocan las campanas, ahora la derecha, luego la izquierda. El Santísimo, rodeado por cuatro faroles viejos, gastados, una vela encendida encerrada entre cuatro cristales, alumbra escasamente, más se adivina que se ve. Las gentes, al toque de las campanas, se asoman en los portales. La mujer de la casa, siempre tiene preparada la palmatoria. Se quita el delantal y con la vela encendida, se arrodilla con los suyos al paso de la comitiva. Casa del enfermo, iluminada, las puertas de par en par, cobertor en el balcón o ventana; los familiares se arrodillan mientras el sacerdote entra, coloca el Santísimo sobre el corporal preparado y extendido en una mesita, asperjea con agua bendita, recitando antifonas y versículos bíblicos; el enfermo protesta su fe y recibe la Eucaristía. Desde el campanario, solemne, voltea la campana dels combregars.

El domingo y lunes siguientes a la Pascua de Resurrección, se procedía al comulgar de impedidos y enfermos para el cumplimiento pascual. Cumplir en Parroquia, se decía. Las campanas empiezan sus intermitentes vuelos, terminada la misa de alba. El domingo comenzaba por la puerta de la pescadería; el lunes de San Vicente Ferrer, la procesión dels combregars, salía por la puerta del mercado. La población era dividida en dos grandes zonas, una a cada lado del templo parroquial. Los monaguillos, revestidos, utilizaban las campanillas furiosamente, provocando trémolos de bronce. Como una bandada de jilgueros atolondrados revoloteando en la plenitud de su libertad y alegría, llamaban a todos a participar en el acompañamiento.

Era una procesión sin cruz alzada, ni velas encendidas; sin formalidades rituales. El sacerdote, en el centro de cuatro faroles, bajo sencillo palio, revestido de cingulo, alba y estola, avanzaba, entrando y saliendo, recorriendo calles y domicilios previstos. Una mini banda musical, interpretaba fragmentada la marcha real cada vez que el Santísimo entra y sale de



la casa que visita. No existe itinerario fijo. Cobertor en la fachada, enramada en la puerta. Los familiares concirios encendidos. Los acompañantes, esperan afuera. Dentro, cerca del enfermo, todos reciben a Cristo de rodillas, mientras el sacerdote coloca el copón sobre la mesita, hace genuflexión, rocía con agua bendita al enfermo y a la habitación. Da la comunión, bendice y sale con presteza. Los monagos tocan las campanillas y la mini banda intenta impunemente completar un trozo de la marcha real. De regreso, se entra al templo por la puerta principal y las campanas de los acólitos resuenan en las amplias naves, los músicos interpretan en la plazoleta la incompleta marcha, en el órgano la música sacra, y las campanas del campanario, más cerca del cielo, voltean el último de los intermitentes vuelos de la mañana, despidiéndose de la jornada eucarística. Se inició al alba con escasa concurrencia; acaba con una multitud respetable.

La malaganosa, sonaba del 3 de mayo al 14 de septiembre, conmemoraciones de la Invención y Exaltación de la Santa Cruz, de creu a creu. Esta campana voltea con desmayada malagana, a las doce del medio día y a las dos menos cuarto de

la tarde, inicio y fin de las dos horas de descanso, comida y manta, de los trabajadores del campo. La malaganosa suponía el levantamiento de la veda para la temporada de baños de los muchachos. Cada año, durante ciento treinta y cuatro días, llamaba a los adolescentes y a la juventud masculina a los puntos estratégicos elegidos: el tallant, el canyaret, a la acequia del molí nou, el azud, als matxos, reservado para los más osados y valientes, la revolta, la sabata, el barco voltat, la pará, el molí de taxes, les tres penyetes, el regall, l'avesp, el molí nou...; todo un mundo de frescor y alegría, complejo y difícil. De creu a creu, a la inversa, cuando no doblaba la malaganosa, el golpe de badajo, la badajada, con triple resonancia, suplía la gracia del toque laboral, del 15 de septiembre al 2 de mayo. Las piscinas, playas y aseos con bañera, eran un sueño no alcanzado todavía.

El alçar a Déu, sonaba diariamente, en el momento de ser elevada la hostia y el cáliz en el primer templo de la ciudad. En medio de la nave, colgaba desde la alta techumbre, una larga cuerda anudada al final, atada al respaldo de un banco de la parte epistolar; y el sacristán o persona

por él encargada, al entonarse el sanctus, tiraba de la cuerda avisando al campanero; hacía sonar una campanilla instalada en el tejado, en una espadaña de único hueco y sola pared. Al ser elevada la forma sacramental para la adoración, el campanero, atento al aviso, daba en su momento exacto, el golpe de badajo, del que estaba pendiente la población, en todo lugar. Después, el segundo badajazo, a la elevación del Cáliz. Algunos se santiguaban; la mayoría, deseaba un bon día mos done Déu, a quienes tenían cerca. El Obispo de Tortosa, nuestra diócesis entonces, concedió indulgencias por este acto.

También servía la campanilla de la nave central para llamar la atención si alguien se había rezagado en sus devociones o dormido en la penumbra del templo, al anochecer. Las misas corrientes eran convocadas por el tañido de la campaneta; también los ejercicios espirituales abiertos y anuales de los Luíses, la tercera semana de septiembre, preparatorios de fiesta. Durante la visita de la Patrona, la Morena de Gracia, avisaba para la noveneta.

La grossa, tenía una misión altamente distintiva: era la más solemne y vigorizaba el vuelo general. Sonaba especialmente en las primeras misas que celebraban los ordenados presbíteros de la localidad. Volteaba con señorío propio, la víspera al avemaría y el día grande del misacantano, al alba.

El primer toque del día, l'alba, al amanecer; y al final, formado por el avemaría y la queda, tocaba a intervalos durante quince minutos interminables en su monotonía, para que todos los que se encontraban en el campo regresasen a sus hogares. Sonaba entonces el último toque: ánimes.

Posiblemente el conjunto más armónico y musical logrado, fuera el de ánimes, cuatro campanadas en toque lento, esparcido, severo, sepulcral, romántico, tres veces, siguiendo un acelerado, aumentando su fuerza y al terminar volver a su lentitud inicial.

Las campanas se tornan noctámbulas con el vol de la misa de Nochebuena. En Nadal, mataban a los gallos para el arrós i pilotes y a partir de la matanza, por las calles del pueblo no se oía cantar a ningún gallo. Al mediodía volvía el vuelo general media hora seguida, con cinco intervalos breves. Al comenzar la víspera del día de San Jaime, Patrono de la Parroquia y hasta 1917 también del Municipio, inmediatamente después de medianoche, se iniciaba el vuelo general; y en el simolet, en lo más alto del campanario, en cada intervalo actuaba la banda de música. Buen concurso de gentes esperaban el concierto, no solamente en la plaza mayor convertida en singular platea, sino por las calles. Noche

veraniega y original el acontecimiento. Las conversaciones de los músicos, allá arriba en el simolet, se oían y entendían perfectamente en la calle.

El Jueves Santo, los oficios religiosos, al igual que en el resto de la semana, se celebraban por la mañana, con mucha menos asistencia de fieles que en la actualidad. Las campanas llaman a los campaneros; luego los toques solemnes de misa. Se cantan los kiries y se entona el gloria. Entonces se produce la locura de las campanas con su repicar constante, ahogando las notas solemnes y majestuosas del órgano y de las partituras de los maestros que interpretan los cantores. El vuelo general suelta sus campanas potentes; el rogle, el desaparecido rogle, que estaba en la sacristía en el ángulo que forman las puertas del presbiterio y del templo, rueda y sigue rodando; todas las campanas y campanillas en manos de sacristanes, monagos y acólitos, suenan frenéticamente, queriendo ensalzar la gloria de un jueves que reluce más que el sol. Fue instituida la Eucaristía unas horas antes de ser iniciada la Pasión propiamente dicha. En el último amén glorificante, se hace el silencio, la severidad; ya no se oyen más que las campanas de la torre, retrasadas, como lejanas, fuera de la algarabía, en una distancia producida por el silencio del rogle y las campanillas que han enmudecido. Queda el eco esplendoroso del bronce sonante pocos momentos antes; y desaparecen los tañidos cuando el último badajo golpea la copa y se callan las campanas. Entonces, sólo entonces, en las órbitas, cuencas de los ojos del campanario donde se han quedado quietas, los campaneros,



El antiguo Ayuntamiento desde el campanario.

silenciosos, van echando afuera, cumpliendo un rito de siglos, las gruesas y resistentes cuerdas y maromas, ya lacias, prohibidas, medidas por la brisa mañanera y primaveral, en su sueño de pasión, a la espera del próximo Gloria. En la consagración del Jueves, al ser elevados la Hostia y el Cáliz, no se oye la campana d'alçar a Déu: suenan las matracas, les barxoles, destempladas y secas.

El Sábado Santo, arrinconados los negros, destapados altares e imágenes, vuelven los blancos litúrgicos, y el entonar el Gloria, renacen, resucitan con Cristo las campanas, repicando, mezclando su música alegre y dicharachera con los disparos de salvas de los cazadores y la chiquillería que ataca con los garrotes de sus palmas verdes del domingo pasado, todo lo que pueda producir ruido y algarabía. Las mujeres limpian sus parcelas de calle y acera; las gentes se lavan los ojos, en un deseo de conservar la vista sana; las barajas ya no están saladas.

Quizá lo más hermoso de las campanas sea el vuelo general, solemne, del Domingo de Pascua: el Encuentro. Una corta procesión, desde la arciprestal, por San Roque, Colón y San Jaime, llega a la plaza mayor porticada; delante, la bandera puntiaguda, ligera, marfileña, enrollada, precede a la imagen de la Virgen del Carmen, sobre andas, enlutada, mantilla de encaje cubre cara y parte del cuerpo. Por la calle contraria, la de Santo Domingo, aparece otra procesión, con el Santísimo bajo palio, cuatro faroles clásicos, los diáconos de blanca alba inciensan monótonamente, manteniendo vivo el fuego para el perfume religioso, guardado en la naveta. Salió precedida de cruz alzada y la blanca bandera de los adoradores, por San Antonio, para recorrer la manzana y encontrarse todos en la plaza mayor. Detrás, clero con sus mejores galas, autoridades, maceiros, banda de música, silenciosa. Llega la comitiva del Santísimo el centro de la plaza llena de muchedumbre, la mayor parte juvenil y toda expectante, ante el acontecimiento que durante muchos años se ha ido repitiendo sin perder el interés ni la actualidad. La bandera carmelitana avanza y en triple genuflexión del abanderado, rodilla derecha hasta el suelo, es desenrollada, en un silencio que se palpa. La Virgen, bajada la peana por tres veces, queda frente al Santísimo: un movimiento rápido, desaparece la negra mantilla que la cubre, y la cara sonriente de María electriza a la multitud. Se escucha el clamor, retumba la traca que circunda la vieja plaza, comienza el vuelo de campanas, el aleteo de las palomas asustadas, la música, el aplauso del pueblo.

Porque la Madre ha encontrado a su

Hijo. Estaba muerto y ha resucitado. Está allí, en medio, con su Cuerpo verdadero, a vivir la fiesta. Bullicio, juventud con alpagata blanca, va hacia el templo, precipitadamente. El cuaresmero, que predicó la cuaresma, se despide desde la trona, el púlpito. La muchachada, ellas con el almidonado delantal plegado y portado cariñosamente, como un tesoro, va aprisa, corriendo, que se hace tarde, hacia el campo, los masets, para gozar de la Pascua. Las campanas siguen repicando alegría, en uno de sus vuelos más simpáticos.

Había otras manifestaciones campaneras.

En las misas, a la consagración, el oficiante alza el Pan y el Vino consagrados, dando la espalda al pueblo, cara al altar, para su adoración. Un monaguillo ayuda a misa, memorizados los indispensables latines para este menester. Con la mano izquierda eleva ligeramente la parte posterior de la casulla sacerdotal. Con la derecha, redobla la campanilla subiéndola, quedando en lo alto, boca arriba; al bajar el brazo, completa el toque para la adoración de la Hostia. Se repite igual en la elevación del Cáliz; y al final, tras un ligero movimiento continuo de rápidos golpes, la campanilla queda silenciosa, depositada dulcemente en el suelo, boca abajo. Cobraba el monago cinco y luego diez céntimos por ayudar a misa, que pagaba religiosamente, -nunca mejor dicho-, el sacerdote oficiante.

Otro toque peculiar, era el de la campana de la capilla de la Comunión. Junto a la puerta del trasagrario, que comunica con la sacristía, adosada a la pared, hay una campana de chillón y penetrante sonido. Cuando sonaba, era oída en los rincones más apartados e inversosímiles del templo. Por la mañana, todos los días a la terminación de cada misa, el sacerdote daba la comunión en la capilla, anunciándola con un solo golpe de badajo de esta singular campana, que todavía está en su sitio, con su cuerda colgante, silenciosa años ha, pero sin desertar, esperando quizá que le llegue la hora y la mano que la mueva, despertándola de su largo silencio. El acólito que ayudaba al sacerdote, portaba una bandejita que colocaba bajo la barbilla del comulgante, sobre el largo reclinador, en evitación de una posible caída al suelo de la Sagrada Forma.

En las cofradías anunciando los entierros, la campanilla tenía una misión especialísima. El pregonero encargado del servicio, en distintas esquinas, que no coincidían con los sitios de bando, tocaba tres veces de una manera peculiar la estridente campanilla; y en voz alta, decía: "Frades i cofrades de la Purísima Sang, anirán a accompanyar esta vesprá (o demá dematf),



La procesión del "encuentro" en la mañana de Pascua.

a tal hora, a Fulano, qu'ha passat d'esta vida al altra; resarán paternoster i avemaría, per la seua ánima". Volvía a tocar la campanilla, otras tres veces, y repetía: "Frades i cofrades de Sant Francesc...". Otros tres toques y convocaba a los "freres i cofrades" de la cofradía de turno a la que perteneció el difunto. Terminaba el pregonero elevando más la voz, y decía: "al carrer tal número cual"; y el apodo del muerto por el cual se le conocía en este mundo.

Tres categorías de entierro: pontifical, medio pontifical y común. Y una especial: la de ángel. Cada cual con sus toques de campanas. El primer toque, era el convocante del clero; el segundo, la salida de éste del templo hacia el domicilio mortuorio; el tercero, a la llegada de la comitiva al templo, quedando en el umbral, donde se rezaba el responso final. Si el entierro era pontifical, se despedía el duelo en la plaza del calvario. El entierro de ángel era para niños y obispos, y el toque de campanas, considerado como de los más hermosos e inspirados.

Los toques de campanas, grandes o chicos, tienen sus peculiaridades que son privativas de numerosos pueblos o grupos humanos. Había uno en Villarreal, propio y exclusivo, difícil de repetirse: el toque del ángelus en un café público, oración en honor del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. En 1906, fue fundado el

Círculo de la Inmaculada de Jóvenes Obreros, en la Congregación de Luíses. Era el Círculo una sociedad recreativa, acogida dentro de las normas civiles con su reglamento propio. Allí, al alcance de todos, en el mostrador, entre botellas de licores y bebidas, estaba la campaneta, que el conserje, abastecedor del café o cualquier directivo, tocaba en su momento, recordando que el ángel del Señor anunció a María, que estaba llena de gracia y el Señor con Ella, rezando públicamente las tres clásicas avemarías. Esta campanilla era conocida como la campaneta de la Sang, porque en las tardes dominicales recordaba a los jóvenes que estaban en el casino, la hora de la función religiosa y mariana en la desaparecida iglesia de la Purísima Sangre.

Todo toque de campana, es una llamada y un canto hermoso, que muchas muchas veces, se dedica a la Madre de Dios. Desde el amanecer cuando nace el día, cuando llega el mediodía y luego muere el día y ya no es día, allá en el paraíso donde siempre es día, les campanes van dient, Ave María. Lo afirma así, el poeta inspirado.

Muchas de estas manifestaciones han desaparecido; sólo se recuerdan como curiosidad, agua que no mueve molino; pero entrañan un sentido comunal, unos por otros, y sencillo, de la convivencia que se ha perdido.